

LA NUEVA UTOPIAEl Pensamiento Utópico

Fuera del tiempo ~~mensurado~~, más allá de los días numerados, de los años próximos o pasados, sucumbe toda planificación. Si el plan es un intento ~~xxxx~~ por sujetar a alguna voluntad los infinitos y variables sucesos posibles, si es un esfuerzo por dirigir nuestra energía encaminándola a alguna meta definida, el plan no puede sobrevivir más allá del horizonte temporal que conocemos. Luego, el entrecruzamiento de los hechos, la multitud de posibilidades que se entrelazan, amplifican o anulan, hace imposible toda planificación razonable. Hasta allí llegan los técnicos; más adelante, sin embargo, comienza el indeterminado ámbito de los utopistas.

La utopía crece así en terreno abierto, no regulado por las leyes de lo físico o de lo social, y se nos presenta como una creación libre del espíritu. Más esa libertad no es absoluta, pues es engañoso suponer que quien la piensa, quien la sueña, está también colgado fuera del tiempo. El utopista es un ser que vive el mundo de sus contemporáneos, que participa de al_gún modo en sus mismos valores y conceptos, que no puede escapar a los deseos y temores de su tiempo. Al contrario, puesto a concebir un mundo diferente, el hombre encuentra entonces la mejor ocasión para expresar aquello que vive oscuramente dentro de sí, y construye entonces de un modo externamente coherente sus anhelos más profundos, sus latencias, sus presagios más aterradores. Por eso la Utopía es una proyección y ~~x~~ no un plan, una expresión de lo inconsciente y no de una voluntad razonadora, una ventana abierta hacia el interior del ser humano antes que un programa para la sociedad. Por eso las utopías pueden ser tan diversas, tan ampliamente contrastantes.

Habrán entonces utopías estáticas, conservadoras, que imaginan un mundo también inmutable, construido alrededor de alguna "perfección"; y utopías críticas, que denuncian el orden existente mostrándonos algunas de las posibilidades creativas que poseemos, o ~~nos muestran~~ ^{señalándonos} los resultados atroces que podrían generar los males ya conocidos. Las primeras serán los paraísos, los estados fijos e imperturbables que construyeron por ejemplo tantas religiones, y que por eso siempre han terminado por ser poco sugerentes para los fieles. Porque nada promete para la voluntad del hombre un e

tado de absoluto equilibrio, una realidad siempre idéntica a sí misma, que excluye lo mutable y por lo tanto la libertad y la vida. Estas visiones serán la proyección fuera del tiempo de un orden cualquiera, pero de un orden determinado que, en su límite, se convertirán también en la proyección de alguna forma de orden histórico: bajo los cielos atemporales de contemplación a Dios y a sus acólitos angélicos estará presente, implícita, la jerarquía terrena de la iglesia; entre las regulares calles de la perfecta ciudad renacentista podrá adivinarse la presencia de los burgueses europeos, llenos de fé en sí mismos.

Pero el pensamiento utópico recogerá también muchas otras alternativas. Podrá mostrar la posibilidad de un mundo carente de ciertas opresiones cotidianas, podrá ser crítica -cuidadosa e indirecta- al poder existente, o ~~xxx xxxxxxxx~~ ^{presentará}, a modo de un alerta, las aterradoras tendencias que incubaba la sociedad presente. Sin embargo, más allá de toda esta variedad polícroma, la palabra utopía tendrá siempre una carga perturbadora para quienes se solazan con los privilegios reales y concretos, representará una amenaza para quienes gozan del poder y la riqueza ~~xx~~ en tanto postulan la posibilidad y el deseo de una sociedad diferente. Por eso las utopías, sin ser combatidas como las herejías, habrán de ser siempre desvalorizadas desdeñosamente por quienes gobiernan, como un infeliz desvarío de la mente humana. Por eso, además, cualquier propuesta renovadora que trascienda los límites estrechos del ordenamiento vigente ~~x~~ será despreciada como utópica, intentándose de ese modo evadir la posibilidad de su existencia concreta y arrinconándola entonces en el desván de lo imposible.

El Marxismo y la Utopía Socialista

El inmenso deseo de libertad y justicia que recorría -tal vez como algo más que un fantasma- la Europa burguesa del siglo pasado, se plasmó como un conjunto de corrientes sociales y de pensadores ~~xx~~ individuales que asumieron el nombre de socialistas*. Dentro de su polifacética riqueza el socialismo se fue delinendo como una suma de tendencias diversas, a veces nítidamente opuestas entre sí, dentro de las cuales una de ellas, el marxismo, asumió, andando el tiempo, una especie de papel fundamental.

Pero el marxismo se empeñaba -y se empeña aún- en negar conscientemente cualquier veleidad utopista en su discurso, postulándose en cambio como el producto de la ciencia, como la única formulación científica del socialismo.

* Incluimos en el término a las diversas corrientes anarquistas, comunistas, etc.

No por casualidad Federico Engels publicó en 1880 su ensayo "Del Socialismo Utópico al Socialismo Científico" ~~donde~~ donde afirmaba que éste último era la "expresión teórica del movimiento proletario" (1), una construcción científica que, sobre el análisis del desarrollo histórico-social, se atrevía a prever el futuro con la misma falta de ensoñación que caracterizaba a la física exacta. Inútil y fatigoso sería repetir ahora las consideraciones -ya anacrónicas- que soportaban tales afirmaciones, ya que interesa más destacar la actitud que Engels, al igual que todos los marxistas, tenía frente a la cuestión del socialismo: en ella se ligaban indisolublemente la voluntad de construir una sociedad diferente a la capitalista con la fé en que ello resultaba inevitable, ~~y~~ fé que surgía de los conocimientos que la economía y la socio-política de su tiempo podían ofrecer.

Puesto por encima de todo el valor de la ciencia el utopismo quedaba relegado al papel de mero fantaseo precientífico, ineficiente y puramente literario. El particular proyecto histórico que los marxistas defendían se recubría entonces de los atributos indiscutidos de la ciencia, para superar a todas las tentativas anteriores y erigirse en infalible, en la medida en que se apoyaba sobre la razón y no sobre el deseo. Había un convencimiento, creemos que sincero, de que a partir de los conocimientos y los avances del análisis histórico-social era posible dar una salida ~~xxx~~ práctica y efectiva al sueño igualitario y libertario de los oprimidos. La victoria del nuevo mundo, entonces, estaba ^{ya} en germen en el desarrollo dialéctico del capitalismo.

A pesar de sus pretensiones de/cientificidad el marxismo no era, por supuesto, solamente ciencia. Sin ~~intentar~~ que aquí nos podamos ocupar de determinar el indudable aporte de Marx a las ciencias sociales, y aún aceptando a priori que éste pueda ser considerable, existe en el marxismo un remanente, un elemento irreductible al pensamiento racional que hizo de éste un movimiento social de importancia, ~~y~~ una intencionalidad que despertó adhesiones militantes, animadversión y entusiasmo. Más allá de las fórmulas sobre el trabajo excedente y el valor de cambio, más allá de los fundamentos de una sociología o una teoría del Estado había una voluntad de acción, una propuesta de cambio que pretendía llevar a la sociedad hacia una meta superior. ¿Constituía, todo esto, una utopía? No es fácil responder de una vez, afirmativa o negativamente. Lo cierto es que, en todo caso, se trataba de una ~~xxxx~~ utopía que negaba declaradamente su

(1) C. Marx, F. Engels. Obras Escogidas en tres tomos, Ed. Progreso, Moscú, 1974. T. III, pág. 16

carácter de tal, que hacía los máximos esfuerzos posibles para afirmarse como la pura deducción de una nueva ciencia.

El marxismo poseía una meta lejana, a la que se aludía con firmeza pero nebulosamente: era la visión de una sociedad sin clases y sin explotación, del ~~un~~ reino de la abundancia y del trabajo creador, del fin de la coerción y la violencia, y de un hombre libre que por fin podría superar la "prehistoria" de su vivir en la miseria. Era en realidad el mismo ideal de los revolucionarios del ~~XX~~ 89, afinado y enriquecido por dos generaciones de luchadores y de teóricos, y compartido en líneas generales por todos los socialistas de aquel tiempo. Eran los trazos mayores de una utopía que, deliberadamente, los marxistas se rehusaban a precisar. Pero junto a esta imagen del lejano futuro alcanzable se postulaba a la vez un camino muchísimo más concreto y determinado, que se presentaba como el corolario de la investigación científica e histórica. Era el medio, a la vez deseado e inevitable, de alcanzar el objetivo final: la organización del proletariado como clase, su ~~distadura~~ revolución contra todo el sistema, la distadura del proletariado, la apropiación de todas las riquezas productivas por parte del Estado "en nombre de toda la sociedad", la planificación de la economía, etc., etc.

Entonces, para los marxistas, se producía una coincidencia feliz entre los deseos últimos y el decurso previsible de la historia: la meta final de los soñadores utopistas sólo podía aproximarse por una serie de medidas que, a su vez, surgían del propio desarrollo de las contradicciones sociales. Las etapas previstas no eran trazadas por ninguna fantasía exacta sino por el frío análisis dialéctico; la misma necesidad implícita en las leyes que gobernaban el desenvolvimiento social impulsaba hacia las transformaciones revolucionarias anheladas y entrevistas por todos los socialistas. De allí que no cabía más el derecho a ser utópico, sino la obligación de asumir positivamente el espíritu de la ciencia moderna. La utopía se cancelaba por sí sola, se mostraba vacía, inoperante, inútil.

La ilusión de la ciencia, podemos decir hoy, aparentaba superar el deseo subjetivo, lo ocultaba, escondiéndolo a la mirada inquisidora de los críticos. El mito se afirmaba bajo la aureola intangible de la ciencia, y sobre él se desplegaba como fervorosa cruzada, asentada sobre una fé que se vanagloriaba de su racionalidad.

~~Perroxtindexento~~ Precisamente por eso el marxismo no podía ser indiferente a la historia, como lo habían sido las religiones y los mitos ante-

riores. Aspiraba no solamente a tener razón sino a tener el poder efectivo desde donde consumir su proyecto. Necesitaba apoderarse del Estado para iniciar ~~xx~~ la marcha hacia el socialismo que pretendía construir. Y lo hizo.

La Crítica a la Tecnocratización

No es esta una historia del marxismo, y por eso se nos disculpará si sólo recorreremos rápidamente algunos temas que podrían ser de indudable interés. Más el hecho es que, triunfante en Rusia, el marxismo tuvo la oportunidad -al menos en teoría- de llevar sus aspiraciones más profundas al terreno de la práctica. Y entonces, sobre el trasfondo cada vez más declarativo de los ideales últimos, surgió velozmente un proyecto concreto de ordenamiento social, proyecto que han repetido, con escasas variaciones, las subsiguientes revoluciones. Convertido en filosofía de un nuevo modelo de Estado desplegó a plenitud el contenido latente de sus proposiciones ideológicas, y devino así soporte de una nueva clase emergente, la tecnoburocracia. Su carga utopista, velada, como decíamos, por su pretensión de científicidad, sobrevivió apenas en quienes militaban todavía por una revolución mundial, pero tuvo que ir plegándose a los deseos de las nuevas élites dominantes, adaptándose a las necesidades de quienes se aferraban al poder. El racionalismo conservador, para quien era tan preciada la idea dionimónica y burguesa del progreso indefinido, emergió triunfante, y el mismo mensaje teórico se degradó hacia un economicismo reduccionista y un teoricismos cada vez menos creador.

De la lucha por el comunismo, visión paradisíaca de ~~xx~~ libertad y de abundancia, se pasó enseguida a la más concreta búsqueda del socialismo, concebido como objetivo inmediato posible; de allí, cuando el socialismo pareció demasiado utópico para los ex-revolucionarios convertidos en hombres de Estado, el centro de interés se trasladó a las formas de "transición" al socialismo, o al combate por la más conocida democracia. La utopía se desvanecía, aceleradamente. De la extinción del Estado y la desaparición de las clases, de la toma de los medios de producción por parte de los obreros organizados, se pasó a objetivos mucho más definidos, mucho menos ambiciosos, que negaban la esencia de la voluntad revolucionaria socialista. Así se reforzó al Estado, convertido en maquinaria omnipresente

lo que trajo la obligada cohorte de burócratas privilegiados. La estatización de la economía, la planificación central y el énfasis en la tecnificación produjo una robusta clase tecnocrática, poseedora efectiva del aparato productivo y beneficiaria del trabajo de los explotados de siempre.

Si el socialismo, al decir de Lenin, podía resumirse en la fórmula: "Los sóviets más la electrificación", hoy puede constatarse que la URSS se ha efectivamente electrificado, pero que el poder de los soviets -como expresiones autónomas de obreros y campesinos- fue devorado por la maquinaria central del partido bastante antes de 1921. La nobleza territorial y la burguesía propietaria fueron eliminadas como clases sociales, pero la tecnoburocracia se afianzó como nueva clase privilegiada, ocupando el lugar de los antiguos dominadores. El centralismo, el ~~desprecio~~ por la individualidad, el obsesivo terror estatal ante cualquier disidencia negaron brutalmente los ilusionados discursos acerca del "trabajo libre creador".

Si gracias a su victoria en Rusia el marxismo llegó a obtener un monopolio casi absoluto sobre el socialismo revolucionario, llegando a dominar y a imponer sus criterios a ^{casi} todo el movimiento anticapitalista, el impacto del proceso de burocratización fue amplio y profundo, aunque sus efectos fueron cobrando cuerpo gradualmente. La utopía socialista, comprimida primero por las exigencias de una discutible científicidad, y aprisionada luego por una ideología transformada en legitimadora de un nuevo tipo de Estado, fue quedándose sin vigor, dejando de presentar un modelo alternativo frente al mundo del capitalismo. Aparte de algunas obvias mejoras en rubros específicos, como sanidad, transporte o educación, es poco lo que los "socialismos reales" pueden ofrecer hoy al mundo capitalista que pueda encender una voluntad de verdadera lucha revolucionaria, y esto exclusivamente confinado a aquellas zonas donde la dependencia y el atraso económico plantean con urgencia tales necesidades. Para la clase obrera de los países más desarrollados es poco sugerente un mundo donde los ~~trabajadores~~ continúan en su papel pasivo de asalariados, y donde ni siquiera existen los niveles de ingreso ni los márgenes de protesta que todavía brindan las naciones occidentales.

El marxismo ha abandonado definitivamente los cielos irrealizables de la utopía cambiándolos por las cifras -ni siquiera reales- de los planificadores. Ha pretendido superar la ilusión, pero ha terminado hasta por falsear la ciencia. Porque hoy, atado a sus intereses políticos y cl

sistas ha perdido no sólo su capacidad creativa para impulsar un mundo nuevo sino también -y no casualmente- su potencialidad crítica, su aguda percepción de la injusticia. Como ideología legitimadora de la tecnoburocracia "socialista" ha sido ~~x~~ ciega ^{para} ~~xx~~ descubrir la tecnocratización del capitalismo, sus profundas modificaciones contemporáneas, el ensanchado papel del Estado o el relieve que adquiere ahora el problema de la gestión.

Y el panorama contemporáneo se ensombrece aún más porque no sólo carece de una poderosa y emergente utopía igualitaria y libertaria, sino porque además domina en él lo que podríamos llamar una utopía reaccionaria. Esta es la que ve en la constante tecnificación, en la avasallante regulación centralizada de la vida, en el conformismo masivo y la burocratización y mercantilización general no sólo el único futuro posible, sino además el único deseable. Es una meta que se nos trata de imponer con la menor violencia posible, nuevamente en función de una racionalidad difícil de rebatir, como si a través de ella pudiéramos alcanzar un estado permanente y dulce complacencia. Es una utopía aparentemente progresista ~~xx~~ pero que con sus pacíficos ademanes apenas si alcanza a disimular el fantasma que convocara Orwell en 1984. Es el paraíso de los tecnoburócratas, su límpida, ordenada y estática ciudad ideal, que se extiende por igual a ambos lados del muro de Berlín. De nada valen contra ella los discursos sobre la plusvalía o la propiedad privada de los medios de producción; de nada sirven ante sí los reclamos contra la "anarquía" de la producción o las denuncias contra la falta de educación del pueblo.

Es cierto que toda utopía encierra una ilusoria felicidad inalcanzable. Pero es cierto también que sin esa motivación es imposible trascender los límites de la acción rutinaria, que ~~xxx~~ ese objetivo lejano es necesario para abandonar el falso realismo, chato y conservador, de quienes se arrogan el derecho a planificar en nombre de la sociedad. Por eso es que la ~~xxxx~~ utopía no muere nunca completamente, y se hace indispensable en momentos históricos como éste, en que el vacío de metas y valores se siente con más intensidad.

Mas, ¿es posible construir como de la nada una nueva utopía, la que nos proporcione un modelo -quizás irrealizable, pero sí motivador- alternativo frente al mundo que los tecnócratas de izquierda y de derecha nos están fabricando? No sabemos si es posible, sabemos que vale la pena in-

tentarlo. Porque de todas maneras el mundo que nos promete el orden tecnológico vigente, y que parecería ensancharse y ~~repetir~~ desarrollarse hasta el infinito, es un mundo falaz que no puede seguir desenvolviéndose de esta manera, dilapidando la energía y los recursos, ahogando la capacidad creativa de la mayoría de los seres humanos. Es un mundo destinado al fracaso, a corto o largo plazo, que reclama de una nueva forma de organización social y de nuevos valores para sustituirlo. Y sabemos que la gente aunque no se rebele, tampoco está conforme con este paraíso ~~convencional~~^{de} experiencia, ^{del zona,} que los deseos de libertad y autonomía no pueden ser previstos como simples variables económicas, ni eliminados totalmente como molestas disidencias.

Por eso simplemente hemos escrito estas líneas, con el deseo de replantear el destino que la utopía más grande de este siglo -el socialismo revolucionario- ha sufrido. Destacando la urgencia de continuar la crítica implacable a la sociedad contemporánea, asumiendo la necesidad de develar el contenido conservador de los mitos de nuestro tiempo, buscando en las fuentes de la eterna rebeldía, teórica y práctica, la manera de plantear una nueva utopía.

Carlos A. Sabino

Marzo, 1981